

EL ULTIMO POETA

(A mi amigo el poeta José M^e Eguren)

En el año 3025. La hermosa teoría igualitaria casi había llegado a ser un hecho real y efectivo en el mundo transformado; pero al hacerse realidad perdió belleza.

A partir del siglo XXIII los vertiginosos progresos de la ciencia y de la industria produjeron cambio tan radical en el antiguo ritmo de la existencia, que mirando hacia atrás, hacia los tiempos anteriores a la iniciación del veloz avance creyérase que hasta entonces la humanidad caminó con pies de plomo.

Penetró el hombre en el misterio de las fuerzas de la Naturaleza y las dominó y encauzó a su antojo ~~tom~~ ^{material} andolas esclavas sumisas e inteligentes que le hacían la vida fácil y cómoda. Ya el bienestar no era privilegio de unos pocos y acicate o desesperación de los mas, sino patrimonio común; con él fueron cesando la emulación y la hostilidad, desapareciendo las luchas, nivelándose ^{de} los rasgos, y ya en la trigésima centuria, dueño el hombre de todos los secretos, señor de los elementos, árbitro infalible de la vida, convirtió al Universo en una enorme máquina perfecta, cuyo mecanismo exactísimamente regulado, jamas sufría paralización, retroceso o adelanto imprevisto.

A la diversidad de castas, a la pluralidad de gobiernos y naciones, sucedió la homogeneidad racial, y algo así como la confederación mundial, que hubieran dicho en su lenguaje rudimentario y su mentalidad primitiva los pobrecillos seres del siglo XX. Centro de esta confederación era Urbeópolis, la ciudad inmensa que en

CO-AP 2

CAJ. 4

DOC. 377

FOL. 5

tiempos remotísimos estuvo formada por un enjambre de villas y pueblos y se llamó Yanquilandia, a creer en las investigaciones de los sabios. De allí partían y se difundían instantáneamente por los ámbitos del globo las pocas, simples y clarísimas disposiciones que regían la vida de miríadas de seres, tan perfectamente sencillos a fuerza de refinado progreso que las cumplían automáticamente, sin emplear, jamás en discutirlos el idioma universal que, a poder nombrarse como alguno de los antiguos, se hubiera llamado inglés, aunque, de escucharlo, habriéndolo encontrado ininteligible no solo Shakespeare sino aun Walt Whitman.

La simplificación sapientísima de esa super-civilización se notaba hasta en el aspecto físico de las gentes: eran pequeñas, enjutas, de amarillenta blancura, con las cabezas mondas y lirondas y los ojos grises y tranquilos, acostumbrado a mirar friamente, sin curiosidades ni inquietudes, un mundo que ya no ofrecía novedades y de donde el esfuerzo había desaparecido. Vestían unas a modo de túnicas holgadas, semejantes en el corte y calidad de la tela, cuyo espesor no había necesidad de variar, puesto que el progreso suprimió las molestias del frío y del calor excesivo. Si éste amenazaba en determinada región, un procedimiento elemental le traía frescas corrientes de la zona glacial; y en cuanto al frío nadie se imaginaba que hubiera significado nunca incomodidad verdadera, siendo la calefacción cosa tan simple que cualquier niño chiquitín fácilmente mantenía una ciudad en temperatura grata.

Tampoco eran motivos de preocupación los niños ni el amor que les dá vida. Impuesto el matrimonio como obligación ineludible dentro de determinada edad, todo se reducía a que cualquiera, él o ella, dijera al ^{del} sexo contrario: -¿Quieres unirme a mí para perpetuar la especie?- Si la respuesta era: -Busca otra colaboración;

yo ya tengo la que me corresponde, - quien interrogaba repetía serenamente su pregunta hasta recibir la respuesta conveniente, que no se hacia esperar; entonces los prometidos repetían la pregunta y la contestación informativa ante una especie de enorme fonógrafo, que conservaba eternamente grabada en uno de sus discos esa acta de unión conyugal. Nacían sin molestar los nenes, ^{que} tampoco daban trabajo para su crianza y educación; institutos vastísimos, emporios de la puericultura y la pedagogía, se encargaban de todo, desde la alimentación higiénica y simplificada, como lo era la de los mayores, compuesta de extractos de substancias químicamente puras, hasta la especialización en el manejo de alguna de las infinitas máquinas que regulaban el humano existir.

Deslizábase éste fácil y uniforme: los viajes hasta los mas apartados lugares realizábanse rapidísimamente por el aire, por el agua, por encima de la tierra, o bajo ella; las exploraciones submarinas y siderales era ~~ya~~ cosa trilladísima y sin atractivos; todo estaba al alcance de todos; el porvenir no encerraba misterios ni inspiraba curiosidad el pasado, que si a alguien acometiera la extravagante tentación de sentirla, le sobraría como satisfacerla en pinacotecas, archivos y museos, en los cuales se practicaban, mecánica y continuamente, escrupulosas desinfección y limpieza.

Y en pleno apogeo de la igualdad humana, en el ápice del sumo progreso, en la cumbre de la perfecta civilización, los ingenieros superiores de la máquina central del Universo, recibieron por el hilo transmisor, cuya velocidad es la del rayo multiplicada, una extraña noticia. Allá, en las orillas del Pacífico, vagaba un ente singular; sus ojos, libres de cristales, abstraíanse en la lectura de libros no asépticos o en la contemplación de nimiedades: una estrellita titilante, una rosa en boton; sobre su frente rizá-

banse, como el plumón de una ave, leves cabellos oscuros; gustaba de hundir los dientes en la pulpa de las frutas y rechazaba las pildoras nutritivas; si llovía, escapábase al campo solitario, en vez de refugiarse al amparo de los grandes toldos impermeables, protectores de las ciudades, bajo los cuales refulgían faros simuladores de la luz solar; y, lo que era verdaderamente grave y peligroso, en lugar de hablar sencillamente de la perpetuación de la especie, decía a las mujeres palabras sonoras de rara armonía, llamándolas flores, astros, diosas, almas; y alguna, escuchándolo, dejó errar por sus labios una sonrisa como lejano reflejo de la de cierto antiquísimo retrato de mujer, pintado por un artista que, según se cree, nombrábase Leonardo, y, oyéndolo y sin dejar de sonreír, murmuró una palabra exótica que sonaba así como amor.

Los ingenieros superiores trasladaron al ente raro a Urbeópolis, y en treinta y cuatro minutos justos lo examinaron, estudiaron el curiosísimo caso y tomaron la decisión pertinente. Por excepcional supervivencia biológica, aquel individuo conservaba en las venas unas gotas de ancestral sangre española; para colmo de sus males, la comarca del Pacífico donde nació fué, en tiempos prehistóricos, cierta ciudad que tuvo una santa y un tradicionista; de ese modo explicábase que aquel pobre diablo, mirara al cielo y a las mujeres y hablara con verbo cadencioso del alma y del amor; el diagnóstico estaba claro: era un poeta.

Para tan inusitada dolencia no había sanatorio ni lazareto adecuado; pero el aislamiento se imponía ^{en} ~~una~~ prevención de un contagio no por absurdo, imposible; ^{de ahí se} ~~desechaba~~ entonces recluir al enfermo en un museo, y allí, en departamento especial, lo instalaron permitiéndole conservar dos libracos que siempre llevó consigo, sin

que lograra saberse como llegaron a sus manos semejantes antiguallas: en el lomo de uno decia LA DIVINA COMEDIA; en el del otro AVENTURAS DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

Allí transcurrieron los breves dias de aquel poseso del divino mal; nadie vió sus vagas sonrisas ni el rocío de sus lágrimas, ni oyó las frases melodiosas que, soñandó, murmuraba; los desocupados que en alguna ocasión turbaban el silencio del museo leían el vocablo bárbaro de su clasificación, y, encogiéndose de hombros seguian andando. Allí, científicamente conservada, quedó su figura por los siglos de los siglos.

Poeta, profeta. Así se cumplió lo que allá, por los años de mil novecientos y tantos, pronosticó Amado, el dulce trovero de las tierras de Anáhuac:

Los hombres de otra edad, cuando el planeta
madure, y no haya amores ni deseo,
ni mentes soñadoras, ni alma inquieta,
disecarán al último poeta
y lo pondrán, cual momia, en un museo.

Madrid, Noviembre de 1923.

Angélica Palma